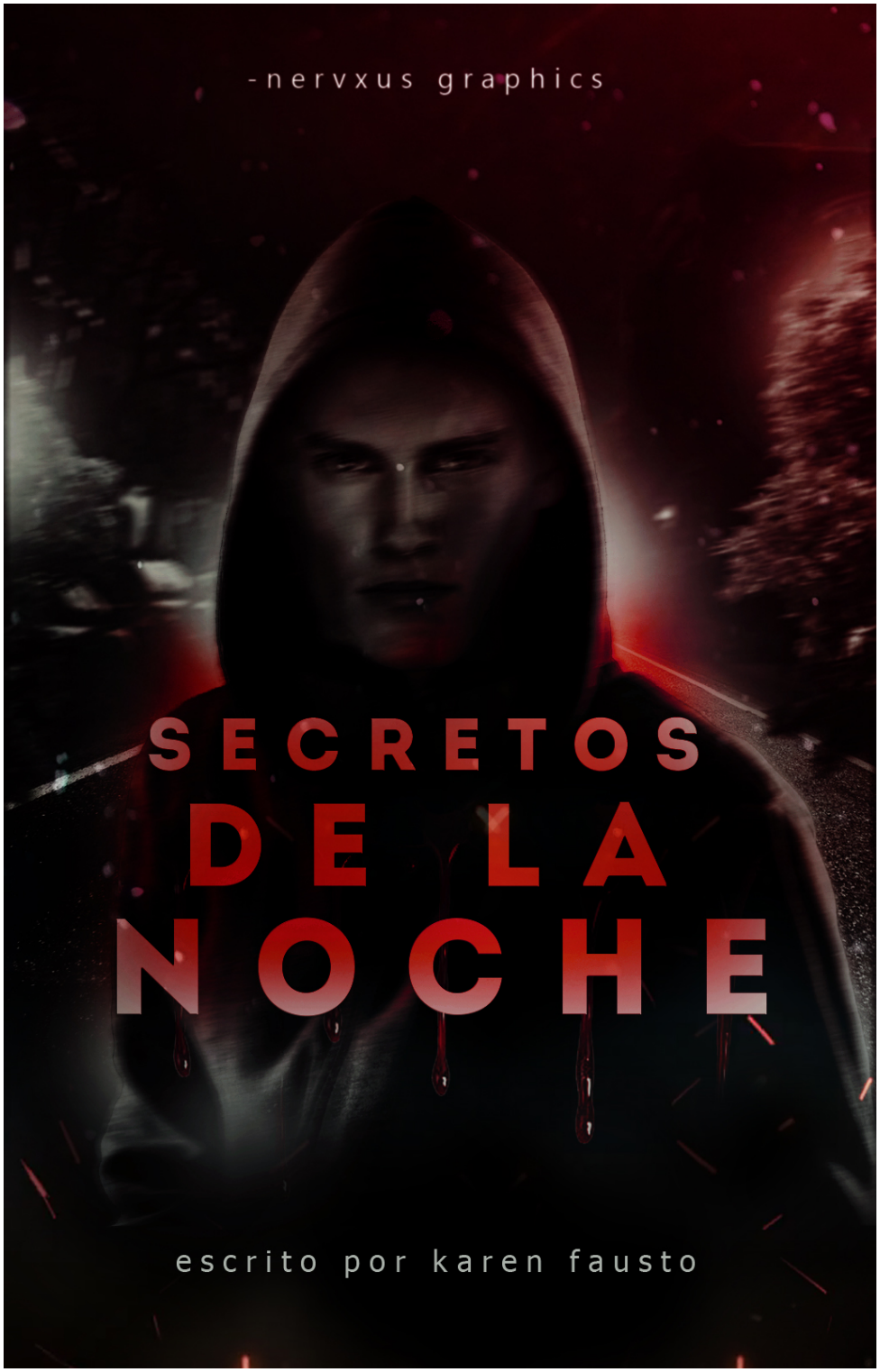
Secretos de la noche

Karen Fausto



Capítulo 1

El sonido de las suelas de mis zapatos tocando el cemento, era todo lo que escuchaba. *Tack, tack.* La luz traspasaba la sombría noche, mientras que el silencio dejaba todo en pausa. Caminaba sin dirección junto a un miedo que producía horribles escalofríos y una adrenalina que me dirigía a cruzar mis propios límites ante lo desconocido.

Después de percibir que no era perseguido, pude respirar al fin; aunque eso no duro mucho tiempo. Las pisadas eran duplicadas como si fuera un animal de cuatro patas, el ritmo era distinto al mío: más rápido y desesperado. No podía detenerme cuando estaba en riesgo mi vida y las súbidas oleadas de calidez eran reemplazadas por distintos miedos de frío, así como mis manos eran conscientes del líquido en que estaban empapadas.

El torrente de agua limpiaba mi cuerpo a medida que corría para protegerme de ella. Luces rojas y azules iluminaban cada sombra de esta estrecha calle; si pudieran verme, me parecería de menor importancia luego de convertirme en una sombría versión del sonriente chico. Un crujido a mi derecha, me pone en alerta ante una inminente sorpresa. *Miau, miau.* Soy testigo del nivel de maldad de mi acechador y su escena del crimen, por lo tanto, me he convertido en una más de sus inadvertidas víctimas.

Ojos brillantes me acechan desde la oscuridad, creando un círculo de paranoia real que me está volviendo loco. Los gritos no pueden ser escuchados desde su imperceptible escondite; lo sé, porque he estado ahí. Cuando Anna estaba viva y prometí protegerla de todo... Los anteojos pulcros y completos que hace horas llevaba, se habían ido para dejar el rastro de vidrio resquebrajado por el impacto y un rostro con heridas.

Una patrulla, después otra, y las sirenas perpetuan dentro de mi subconsciente. Despierto de mi parálisis nuevamente para colocar más distancia entre el hombre encapuchado, cubierto de sangre seca y el escuálido cuerpo que me transporta. Cuando horas antes, el terror puro se había apoderado al haber visto el cuchillo ser blandido para brillar bajo la luz de la luna y buscando su próximo objetivo: yo. Lo irónico es que aún seguía atrapado dentro de esos orbes azules que mostraban rabia, enojo y vergüenza; protagonizando cientos de pesadillas antes.

—Alexis, ayúdame. Alexis, Alexis, ¿por qué no te mueves?

Me alejé del temor, del horror al ser atrapado por un fantasma de la noche y crucé el umbral de la puerta trasera sin el menor ruido. *Sh, sh,*

sh. Si sigues haciendo ruido, te atrapará. El aguacero amortiguaba mis pisadas al subir la escalera y adentrarme dentro de mi habitación, empapado de la cabeza a los pies.

Traté de no tocar nada mientras iba al baño, iluminado por una simple bombilla que desprendía luz tenue. Tomé papel higiénico del rollo arriba del excusado, cubriendo ambas manillas para abrir el grifo. Debía curar esas heridas que al paso del tiempo, parecían adheridas a mi piel, en vez de haber sido hechas hace poco.

Enjuagué mis manos lo más que pude sin dejar de temblar, evitando elevar la mirada al espejo y encontrarme con un desastre mucho peor de lo que ya era. La tierra incrustada entre mis heridas, los cortes en mis nudillos y los anteojos rotos eran prueba refutable de lo contrario. Me enfoqué en refrescar las picaduras del rostro, aplicar tranquilamente el antiséptico y soltar un par de palabrotas antes de conocer el veredicto.

Cuando llegué a ese momento, fui recibido por un rostro demacrado con unas cuantas heridas menores que me dejaron trastabillando contra el lavabo. Aunque, eso no fue la razón de mi desconcierto; si no ver esos ojos azules mirándome a través del reflejo con un ceño fruncido. Aquellos que veía cada mañana en seguida de levantarme o ir a dormir.

Capítulo 2

Rayaduras del amanecer

Sonaron las doce.

En medio de la penumbra, el péndulo de un viejo reloj de los años 50, seguía contando los minutos para regresar de nuevo la luz del día. La casa parecía desértica y solitaria mientras todos dormían, a excepción del visitante. Sus pasos eran decididos a recorrer cada pasillo y muro de la gran morada sin rechistar o causar ruido alguno para llamar la atención.

Las alfombrillas que cubrían el suelo, se volvían un cómplice y testigo de la visita infortuna en el medio de la noche. Uñas tan afiladas que con un toque podrían destrozar un objeto sólido hasta convertirlo en inservible y horroroso, tocaban el feo tapiz que cubría las estrechas paredes hasta desgarrarlo al ejercer presión.

Su rostro estaba cubierto entre las sombras que añadida a la negrura de su vestimenta, lograban enmascarar la figura y forma de su extraña anatomía. Estaba hambriento, tan famélico después de sufrir una eternidad sin comida o bebida; motivándole a que entrará al primer sitio que pudiera para obtenerla.

Los moradores de aquella vivienda, dormían tan plácidamente dentro de un sueño del cual era difícil despertar y ante algún pequeño sonido, lo justificaban por algo procediente del exterior; reanudando así, el dormitar.

El extraño andar era acompañado a una complexión encorvada; mirando el piso por el que deambulaba, dejándole una impresión de total desconcierto ante el sonido de aquel aparato contiguo a la pared que no dejaba de marcar una cadencia repetitiva.

Hablando, también, al gran abrigo de corte largo, solapas anchas y con un número de tres botones que desentonaba con la época actual. Subió las escaleras hasta alcanzar el primer rellano, olfateando el denso olor a dulce que lo atraía para degustar la exquisitez de aquel manjar.

Parecía haber dado unos cuantos pasos que se convirtieron en horas sin su conocimiento, la aproximación al objeto de deseo, lo llevaba a la euforia interna y en un estado de frenesí. Sus ojos no dejaban de observar el bulto que remitía subidas y bajadas, marcando empujes de mayor fuerza que traspasaban el alfombrado y daban indicios de su visita.

Cerca, tan cerca. No existía nada que pudiera impedir el fatal destino de aquel individuo que era ajeno de su alrededor e instintivamente se alejaba del borde de la cama por el inminente peligro. Las motas del amanecer se podían apreciar en la lejanía a través del cristal, transformándose en luces tratando de desterrar la oscuridad establecida durante tanto tiempo.

La figura no era del todo sensata al haberse presentado sin invitación, tampoco era humano para entender la manera en que transcurría el tiempo; lo mucho que le tomó llegar hasta ahí. Mantuvo su atención al ser insignificante que estaba debajo de él, las papilas gustativas desprendían babosidad que se acumulaba en una esquina de aquella boca codiosa.

El primer movimiento fue estirar la mano, extrayendo las cuchillas que lo descuartizarían vivo y palpitaban constantemente dentro de su mandíbula, estaba absorto por lograr el cometido que no se percató del rayo de luz que lo quemó. Se maldecía por esa impertinencia en el momento, dejándolo trasbastillando y ocultándose en donde se podía apreciar sombras aún.

Porque es lo que es, siendo quién es, dado unos minutos más, el despertador de Castriel sonó sobre el buró a lado de su cama. El chico postergando despertar y levantarse, siguió recostado sin captar a ese desconocido que había quedado sujeto a las cuatro paredes sin escapatoria.

—¿Por qué demonios huele a quemado? —susurró el joven que estaba por preguntarle a su madre.

Tomó los pantalones tirados en el suelo, buscando una camiseta en el closet y se dispuso a ponerse la primera de color amarillo cromo; no se preocupo por los zapatos, creyendo volver para ir a la escuela. Nuestro querido anónimo con tantos deseos y sacado de una de las películas de comedia, dejo atrás su dolor y realizo otro movimiento para atrapar a la presa que se escapaba rodeado por el halo de luminiscencia.

—¡Mamá! ¿Estás haciendo carne asada?

No tardó mucho en darse cuenta que su madre no estaba cocinando al salir al pasillo y ver el desastre hecho por un animal en el papel y los cuadros colgados. Siguió el olor, brindándole una conclusión: era proveniente de su propio cuarto. Regreso para encontrar el pequeño fuego que se podía olfatear muy cerca de la ventana, al instante en que, ahí entre un puñado de polvo, halló unas piedras enormes parecidas a colmillos de depredador. Las acunó, revisó y tocó, hasta que una por fin logró atravesar la tersa piel creando un río de sangre que recorría toda su palma derecha.